



DE LO POSIBLE A LO NECESARIO.

Convergencia y autonomía del movimiento global en la contra cumbre del clima de Copenhague

Carlos Diz Reboredo

Universidad de A Coruña

panxeal@hotmail.com

FROM POSSIBLE TO NECESSARY. Convergence and Autonomy of Global Movement in Copenhagen's climate counter summit

Resumen: El siguiente artículo analiza la última contra cumbre del movimiento global, convocada en Copenhague por la red *Climate Justice Action* y celebrada entre el 11 y el 18 de diciembre de 2009. En él describiré las acciones y la organización del movimiento, así como las reconfiguraciones que éste ha ido acogiendo en la última década. La crisis internacional obliga a echar un vistazo a las alternativas tejidas desde los movimientos sociales, al tiempo que sitúa a éstos en una tesitura histórica que les obliga a replantearse cómo avanzar y con quién hacerlo. El carácter polifónico del movimiento se traduce aquí en una atención a distintos focos: de las formas de manifestación a los debates internos, de la discusión sobre la autonomía a las nuevas maneras de imaginación política. Este texto aparece como crónica y discusión de los entresijos de un movimiento que, una década después de su aparición, ha decidido transformar lo posible en necesario.

Abstract: This paper discusses the last Copenhagen's climate counter summit, celebrated between 11th and 18th December 2009. I will describe the organization and the actions taken by Global Movement, and I will discuss his new directions and reconfigurations. The international crisis forces us to pay attention to the alternatives and the proposals of the social movements, at the same time that this historical moment forces them to think about themselves, about their own objectives and their own expectations. I will discuss about the different kind of demonstrations, the internal debates, and the autonomy of the movement or the new ways of political imagination, all in order to considerer the polyphony of Global Movement. This paper is a chronicle of a social movement who ten years after Seattle decided to turn possible into necessary.

Palabras clave: Convergencia. Autonomía. Globalización. Resistencia. Movimiento Global
Convergence. Autonomy. Globalization. Resistance. Global Movement

Introducción.

Al aterrizar en Copenhague la tarde del 10 de diciembre de 2009 una sensación de intranquilidad me salió al encuentro. Horas antes preparaba mi maleta con un cierto tembleque. Aunque se tratase de algo inhabitual en mi comportamiento, los momentos previos a la partida habían estado marcados con cierta tensión, ajena a cualquier miedo a volar, que me mantenía agarrado a mi cuaderno de notas, como si de esta sujeción dependiese mi suerte.

Junto a los preparativos comunes del viaje, *Climate Justice Action* (CJA), la red internacional que convocaba las acciones de movilización ciudadana durante la celebración de la conferencia de las Naciones Unidas sobre el clima, aconsejaba prescindir de cualquier tipo de instrumento con riesgo de ser interpretado como sospechoso, amenazante o peligroso por los servicios de seguridad del aeropuerto. La suspensión temporal del Tratado de Schengen reforzaba el control y el sentido de frontera, reservando el derecho de no admisión a aquellos pasajeros que, en caso de petición expresa, no presentasen el pasaporte.

La cita de aquella semana, anunciada como histórica tanto por las agrupaciones políticas como por los movimientos sociales, reforzaba el componente emocional del encuentro. A su vez, el tremendo despliegue policial que se extendía por la ciudad, así como los dispositivos de prevención que estallarían en los días siguientes, se intuían como premoniciones de lo que estaba por venir. Y mi cuerpo intuía también. Al menos en los primeros compases, el aparato institucional ya se había anotado el primer tanto. En la inocencia de un pequeño brote de dudas y miedo, mi única voluntad de tomar notas y observar activamente ya se había visto amenazada.

El goteo incesante de gente a través de los corredores de la terminal recordaba que los ojos del mundo apuntaban a la ciudad. Fatigado del vuelo me senté a esperar la llegada de varios compañeros. En la espera, reflexionaba en torno a las relaciones que lo local y lo global entablan en nuestros días, pensando cómo el centro social Própolis (A Coruña), que desde hacía un año y medio constituía un terreno de estudio para mí, y en donde venía observando nuevas prácticas de lo político y lo artístico, se conectaba y reproducía discursos y narrativas culturales que eran compartidas por los movimientos sociales a una escala mayor. De este modo, este proceso de ida y vuelta instituía un intercambio relacional en el que el movimiento global se volvía expresión de lo local globalizado, nutriéndose ambos polos de las prácticas y experiencias globales. Aquella contra cumbre, por lo tanto, se me presentaba como un terreno de búsqueda y comprensión, donde confluían prácticas e imágenes que, concentradas ahora en una ciudad, se extendían en lo cotidiano a través de barrios y comunidades a escala internacional. El estudio de un centro social gallego me llevaba a tratar de comprender las lógicas globales a las que éste se adscribía: atender al movimiento global pasaba por prestar atención a las microprácticas locales, y viceversa.

Mientras contemplaba el flujo de personas reparé en los carteles y en las azafatas, que anunciaban con entusiasmo la decimoquinta Conferencia de los Partidos (COP 15). En los murales y en los anuncios Copenhague se transformaba en *Hopenhagen*, el puerto de la esperanza, el lugar y el tiempo para el cambio. Estábamos, parecían decirnos, ante una pasarela abierta al mundo, esperando a ser cruzada en la noche, para escuchar en la mañana el bello rumor de nuevos pasos.

Tras varias horas de espera, y detrás de los tambores que los miembros de la red global “Ritmos de la resistencia” llevaban colgados en la espalda, las cabezas de mis tres compañeros asomaban en aquel paisaje. Si el lema “Otro mundo es posible” se había popularizado tras la celebración del Foro Social de Porto Alegre en 2001, la convocatoria de CJA, basada en la urgencia de acción provocada por la fase avanzada de cambio climático, no sólo lo veía como posible, sino que se volvía irremediabilmente necesario. Cerca de la medianoche, fatigados y excitados a un tiempo, salimos al exterior. El primer golpe de aire nos acercó el frío del invierno escandinavo. Teníamos una semana por delante.

Ragnhildgade: Convergencia al Noroeste de la ciudad.

Perdidos en la medianoche nórdica, buscábamos en la luz tenue de las calles nuestro punto de destino: Ragnhildgade. Marcado en el “mapa de la resistencia”, su carácter semi-periférico nos alejaba de su encuentro, y su nombre impronunciable, que tardaríamos varios días en aprender, no facilitaba las cosas. Después de un buen rato, un funcionario local tuvo la gentileza de subirnos en su furgoneta y conducirnos hasta las proximidades de la zona.

La red de la Acción por la Justicia Climática, en cuya lista de adheridos podíamos contar centenas de grupos y organizaciones a escala planetaria, había acondicionado varios espacios de la ciudad para el recibimiento de miles de manifestantes y activistas procedentes de múltiples puntos de la geografía mundial. Viejas fábricas y escuelas se convertían en lugares de encuentro y en foros de intercambio y discusión, en espacios practicados que redefinían sus significados a través de la acción política que ahora los atravesaba.

En la puerta que daba entrada al recinto varios jóvenes quemaban en bidones cartones y leña, cuyo fuego calentaba las largas horas de guardia. En el interior, un gran complejo fabril acogía a un abanico heterogéneo de personas, fundamentalmente jóvenes europeos, que en base a sus singularidades específicas anhelaban enhebrar un tejido común. Más de cuatro bloques de edificios eran ocupados esos días a los pies de una vieja chimenea de fábrica. A su esqueleto de ladrillo, coloreado ahora con pancartas y grafitis, se le arrimaban en la base cientos de bicicletas.

Docenas de cuartos vacíos eran reconvertidos en habitaciones, donde un componente transnacional de gentes dormía, con edades distintas, con ocupaciones diversas, con diferentes lenguas. Sin embargo, algo en común los había llevado hasta aquella vieja fábrica. Acomodados en sacos de dormir, pasaban la fría noche esperando el siguiente día de acciones, reuniones y manifestaciones. Vimos un hueco y nos echamos.

Food for Action era uno de los colectivos responsables de cocinar y servir alimentos. A las ocho de la mañana, las cocinas ecológicas transportadas desde Suecia, Reino Unido, Holanda y Alemania, servían comida vegana a los cerca de dos mil activistas que llenaban de vida aquel viejo solar semiabandonado. El movimiento¹ se levantaba temprano para un nuevo día de acciones y protestas. La lógica del reciclaje y el autoconsumo empapaba los platos de las tres comidas del día: fruta, avena, leche de soja, cereales, pan... Donaciones de veinte coronas (aproximadamente dos euros y medio) debían ser recibidas con cada almuerzo para ayudar a sufragar los gastos colectivos. Pese a las bajas temperaturas y a la extraña sensación de no ser más que una pequeña ola rompiendo en la espuma de un mar con múltiples aguas, un ligero sentimiento de comunidad comenzaba a flotar en el aire.

System change, not climate change.

Bajo este lema, el *network* global *Climate Justice Action* convocaba en Copenhague (*Hopenhagen* según la campaña publicitaria creada por el grupo Ogilvy y amparada por la ONU) a cientos de organizaciones de todo el mundo, conectadas con la acción desde distintas regiones, señalizadas en el “atlas de la resistencia” colgado en la web de CJA. La propuesta de “cambiar el sistema y no el clima” suponía establecer una lectura diferente de la problemática del cambio climático; en cierto modo, daba la vuelta a la ecuación. Desde un posicionamiento crítico con el capitalismo, la convocatoria internacional animaba a trazar rutas alternativas de producción y consumo, distanciadas de los patrones de crecimiento y sobreexplotación inherentes, a su modo de ver, al sistema actual. En palabras de Stine Gray, miembro de la red:

¹ Aún cuando nos refiramos al “movimiento”, en singular, no olvidaremos su carácter múltiple y plural; su lógica de “movimiento de movimientos”.

“No podemos confiarle nuestro futuro al mercado, ni poner nuestra fe en tecnologías inseguras, insostenibles y que no han sido comprobadas. En lugar de intentar pintar un sistema destructivo de verde, necesitamos tomar acciones masivas por una Justicia Climática”.

En esta llamada a la acción se desprende una idea que durante estas semanas habría de presentarse como eslogan en pancartas, pintadas, asambleas, webs, blogs, manifestaciones y agendas políticas afines al movimiento: “El cambio climático es un síntoma. El capitalismo es la crisis”. Al igual que en las palabras de Stine Gray, el capitalismo aparece como el causante del problema climático, donde éste no es pensado simplemente como una cuestión de dióxido de carbono o emisión de gases, sino que plantea, más allá de la esfera medioambiental, una crisis sobre cómo se organizan en sociedad las relaciones sociales y políticas. De este modo, “pintar un sistema destructivo de verde” lleva implícita la oposición a la refundación o redirección del sistema que los principales grupos económico políticos han venido trazando en los últimos años al amparo del denominado “capitalismo verde”. La negativa a “confiarle nuestro futuro al mercado”, a su vez, reivindica el “poder hacer” de la gente, el empoderamiento desde lo local de individuos, grupos y comunidades que establezcan nuevas relaciones con el mundo y con la tierra.

En los espacios de convergencia los miles de activistas se englobaban dentro de la rama más autónoma del movimiento. Si bien grupos afines de campesinos, indígenas y ecologistas se agrupaban en escuelas, hoteles o pensiones del centro, como era el caso de Amigos de la Tierra o Vía Campesina, las viejas fábricas semiperiféricas se llenaban de okupas de diferentes rincones del continente, de miembros de centros sociales italianos, de anarquistas, de trabajadores precarios e intermitentes, de feministas, de artistas y *performers* o de miembros de comunidades rurales. En este paisaje multicéfalo y plural la autonomía se planteaba como una opción de vida. La propia movilización se desprendía del envoltorio institucional y apostaba por una convocatoria que orquestaba su propia agenda política y su propio programa de actividades. No queriendo limitarse a plantear quejas sino proponiendo medidas y soluciones, CJA y todos los grupos que en su seno acogía anhelaban convertir sus proposiciones en transformaciones reales, para lo cual insistían en la necesidad de emplear las tácticas de acción directa no violenta y desobediencia civil.

El discurso de la autonomía, vinculado al control de las gentes sobre sus propias vidas, se transversalizaba tanto en las acciones como en las soluciones propuestas, ligadas a la autoproducción y al autoconsumo, al control del entorno y los recursos o a la localización de la producción de alimentos. En oposición a las políticas económicas impulsadas por entidades como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, así como a las estrategias de producción y explotación de las empresas transnacionales, el movimiento social que diez años antes gritaba consignas sobre la posibilidad de otro mundo, apelaba ahora a la necesidad de transformarlo desde el control de la tierra, la producción y el consumo. El pseudo acuerdo que firmarían en el Bella Center el pasado 18 de diciembre los líderes políticos mundiales no supuso ninguna sorpresa para los miles de manifestantes que recorrieron aquellos días las frías calles de Copenhague. La expresión misma del movimiento se justificaba por la necesidad de actuar, de proponer soluciones reales a un sistema que, afirmaban, simplemente no las tenía. En el *Global day of Action* del 12 de diciembre, una periodista argentina preguntaba a un compañero cómo entendía que debía articularse un cambio real que enfrentase la urgencia del calentamiento global. Sus palabras exactas fueron:

“Desde abajo, creando pequeños espacios de autonomía en comunidades barriales o centros sociales, y estableciendo redes que trabajen en clave de autoconsumo, permacultura, autogestión y economía alternativa.”

Tales propuestas, no obstante, nos siguen revelando la ambivalencia de un concepto que en su misma definición lleva implícito un desafío. La autonomía se construye al margen de, o en este caso en oposición a, de modo que en la arena del debate actual sobre el movimiento, uno de los retos que comienzan a aflorar es el de buscar un terreno entre los espacios autónomos y los espacios políticos institucionalizados, desde donde poder incidir y modificar las políticas negociadas. Desde este prisma, mi estancia en Copenhague me aportaba una mirada de proximidad a un encuentro global de los movimientos, a la vez que me permitía indagar sobre las propuestas y prácticas alternativas que, lejos de poder ser entendidas aisladamente, parecen conectarse intensamente a través de espacios y significados. Esta semana constituía un episodio más en mi investigación de las resistencias y prácticas divergentes operadas en los espacios metropolitanos contemporáneos, y permitía conectar mi trabajo de campo local con un discurso transnacional compartido. La actual lógica del trabajo de campo multisituado, que lleva al antropólogo a moverse detrás de personas e ideas en un mundo interconectado y nunca más entendido como unidad independiente o aislada, me situaba en frente a un escenario de luchas compartidas, donde el movimiento global actuaba como cuadro general.

Sobre un mapa de líneas, dicese que dos o más de ellas convergen cuando terminan uniéndose en un punto. En nuestro caso, la convergencia no une líneas sino una multiplicidad de puntos discontinuos, que en su recorrido contactan e hibridan adquiriendo nuevas formas y dimensiones, pero permanecen conectados en un circuito de movimiento. En Ragnhildgade la convergencia fue primero cibernética, puesto que contemplábamos “el flujo de contenido a través de múltiples plataformas mediáticas” (Jenkins, 2008: 14). Este fenómeno, que representa un cambio cultural sin parangón en la historia de los movimientos sociales, obedece a nuevas lógicas de cultura participativa y de producción de la información. Sin la convergencia mediática que favorece Internet, la convergencia física se hubiese vuelto más difícil. Con todo, como los flujos de contenido mediáticos, en nuestro espacio convergían también individuos, cuerpos, ideas, tendencias, costumbres, políticas, maneras de hacer. Dicha convergencia no se cerraba en un punto final, sino que explotaba en multitud de energías y recorridos. Los territorios comunes que se perseguían en reuniones y discusiones pretendían ser alcanzados sin subyugar las singularidades allí expuestas; las diferencias se constituían en punto de partida. Con todo, cabe reconocer la complejidad de tal empresa. Parecía que la llamada de la tierra podría obtener más eco en aquellos días, que podía igualar a la gente ante un problema universal. En el frontal del primer bloque fabril, donde dormíamos, colgaba una placa en honor de Poul Mathiesen, miembro de la *Résistance* danesa ante la ocupación nazi de 1940. Siempre al poder se le opone una resistencia, y aquella amalgama anónima de gentes extrañas y curiosas, diferentes y a la vez tan próximas, unidas en un espacio y un tiempo de reivindicaciones, operaba la suya.

There is no planet b: Globalización y Resistencia.

¿Podemos decir que los manifestantes en Dinamarca constituían un movimiento social? En realidad, la presencia de aquellos grupos en el viejo reino de Hamlet suponía la convergencia de muchos movimientos en uno solo, como apuntaba aquel principio zapatista de “un mundo hecho de muchos mundos”. Al margen de las movilizaciones, que aunque hoy se discutan posibilitan la visibilidad y por tanto el reconocimiento del movimiento, las resistencias se operan dentro de estos grupos en las pequeñas escenas de cotidianidad: en la organización asamblearia de los centros sociales, en la autoproducción en base al reciclaje de grupos ecologistas, en el trabajo de las tierras y el autoconsumo en comunidades y cooperativas, en la producción de información y el intercambio cultural por medio de licencias *copyleft*... Mi propia experiencia de campo en el centro social Própolis revela cómo la creatividad puede articularse como resistencia, ocupando el espacio público con juegos y actuaciones, reedificando así su sentido y su valor de uso, potenciando las formas de cultura libre a través de la autogestión y la programación de actividades culturales gratuitas, al

margen de los circuitos oficiales, o actuando como espacio de gestión y comunicación de las problemáticas migrantes. Las grandes manifestaciones como las de Copenhague funcionan como representación de las luchas locales y cotidianas, como espacios de comunicación, como esferas de solidaridad entre subordinados, como foros de discusión abiertos (aunque no exentos de ruido, confusiones y relaciones de poder), en que tratan de agitar la bandera de una insurrección que se pretende específica y a la vez universal; un movimiento que habla de derechos comunes, de prácticas locales extendidas globalmente.

La globalización, que en nuestro tiempo se presenta como un mundo de fluidos en el que caben objetos, ideas, personas, mensajes o tecnologías, no es meramente contestada desde un enfoque negativo o de oposición, sino que se reformula y redefine en el día a día de las alternativas y experiencias que, desde cada barrio o comunidad, se lanzan al mundo. Todos estos fluidos no son homogéneos, sino que “funcionan en base a relaciones de disyuntura, con distintas velocidades, ejes u orígenes” (Appadurai, 2001: 5) [Traducido por el autor]. Ante las políticas neoliberales y el capitalismo verde propulsado desde el COP 15, la multiplicidad de grupos y organizaciones allí reunidas cantaban y proponían nuevos caminos, dando cuerpo y forma a sus resistencias, y recordando aquella tarde del 16 de mayo de 1998, cuando en la primera fiesta callejera mundial derivada del movimiento *Reclaim the Streets* se hizo famosa aquella pancarta: “La resistencia será tan transnacional como el capital”.

Lo local en lo global: la agenda de los pueblos.

Pese al aparente grado de apertura que favorece la globalización, parece claro que la mundialización se ve acompañada de la consolidación de un centro transnacional, donde el poder certifica la aparición de nuevas geografías de la centralidad. No obstante, existe también del otro lado una suerte de “contra geografías de la globalización” (Sassen, 2003: 36) que potencian una política de los lugares; esto es, políticas específicas para espacios concretos, pero extensibles a escala global. En los espacios de convergencia y en las plazas públicas la contra cumbre del clima se organizaba y cobraba sentido en base a estas políticas.

En la mañana del viernes 11 de diciembre, poco antes de que se iniciasen las acciones convocadas por CJA bajo la cuña anticorporativista *Don't Buy the Lie!*, mis compañeros y yo éramos registrados en la calle, obligados a descender de un autobús ecológico que había sido conducido desde Toulouse funcionando en base a aceites reciclados, cuyos bidones serían confiscados por la *politi* danesa hasta el final de la cumbre. En la larga espera, efecto de una estrategia que pretendía impedir (y así hizo) que acudiésemos a la manifestación contra la política de las empresas multinacionales, trataba de recordar los detalles del manifiesto que algunos compañeros gallegos, miembros de centros sociales y colectivos activistas, habían escrito y hecho circular a través de la red.

“El presente está en juego. El futuro es incierto”... Eran éstas las primeras palabras de aquel manifiesto que llevaba por nombre “Copenhague: por un planeta justo, libre y común”. En él leíamos una crítica al paradigma del capitalismo verde, crítica que se extendía a la reducción del problema climático a una discusión sobre los niveles de CO₂, y que intuía que la conferencia de la ONU no haría sino tratar de “perpetuar el sistema productivo, el modelo de consumo y la estructura de dominio” actuales. El discurso manifestaba su oposición al sistema, recordando el ataque a los recursos (finitos) llevados a cabo en nombre de la acumulación de capital, “recursos que forman parte del procomún, del bien común de la humanidad”. Bajo esta defensa de lo compartido, el manifiesto se unía a las alternativas de los movimientos sociales, subrayando la necesidad de conceder la autonomía a pueblos y comunidades “organizadas en clave de generación de recursos propios que destruyan el ciclo de dependencias del capitalismo actual”. Por último, el concepto de justicia climática se vinculaba a la autogestión de los territorios.

Desde una semana antes del arranque del COP 15, a través de redes locales y listas de correo, el manifiesto iba acogiendo adhesiones de centros sociales, grupos, colectivos y asociaciones. Lo local entraba en lo global. En la misma semana nuevas propuestas circulaban a lo largo del territorio gallego, en clave de transformación urbana, autogestión, ecologismo y desarrollo local: *hortas na cidade dos barrios*, propuesta aparecida en A Coruña con la intención de recuperar antiguas huertas y terrenos abandonados para ponerlos de nuevo en uso, potenciando de este modo el autoconsumo y la interrelación entre el mundo rural y el urbano; o *ciudades en transición*, propuesta internacional que se presentaba también en A Coruña aquel mismo 11 de diciembre, enfocada al impulso de iniciativas ciudadanas dispuestas a combatir los efectos del calentamiento o la decreciente disponibilidad de recursos energéticos fósiles.

Este ejemplo de iniciativas locales de resistencia desarrolladas en el suelo periférico europeo son una pequeña muestra del mosaico de alternativas que colectivos y organizaciones de diferentes partes del globo presentaban en Copenhague. Muchas de ellas formarían parte de la Asamblea y de la Agenda de los pueblos, celebradas en el exterior del recinto del Bella Center el miércoles 16 de diciembre, como punto álgido de la acción *Reclaim Power!*

Toda esta política de la multiplicidad, extendida desde las revueltas de 1999 durante la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle, pone en entredicho los pilares de la tradición política occidental, constituida como política de la totalidad y la universalidad. En el rostro abierto de *København* veíamos a través de sus ojos

“un mundo aditivo donde el total no está jamás hecho y que crece aquí y allá, no gracias a la acción de un sujeto universal, sino a la contribución de singularidades esparcidas” (Lazzarato, 2006: 28).

Los movimientos sociales de la postmodernidad acogen la forma de multitud, compuesta de singularidades, de redes e irregularidades, alejada de los sujetos históricos tradicionales. La contra cumbre se inspiraba de nuevas formas de hacer política, de nuevos sujetos múltiples y desterritorializados. Cumplía la función de acontecimiento, como la plantea Lazzarato; esto es, como una “mutación de la subjetividad, de la manera de sentir” (Ibíd.: 35). La manera de sentir la acción, la política y el mundo; también la manera de sentirse a sí mismos. En este sentido, el “acontecimiento” abría a orillas del mar Báltico un horizonte de posibles, producto del encuentro, de la discontinuidad, donde lo posible es sinónimo de producción de lo nuevo. Con ello, los actos de resistencia parecían actuar no sólo como contrapoder, sino también como actos de creación, que liberaban la potencia inventiva y lanzaban al aire sus anhelos, sus deseos y sus propuestas de vida.

Reclaim Power! Acción directa y desobediencia civil.

En los muelles de Dinamarca amarraban aquellas semanas ya no vikingos sino barcos piratas, que izaban la bandera de la cultura libre y proponían cambios radicales en el funcionamiento del sistema. Hastiados del devenir neoliberal y del comportamiento de las grandes multinacionales, aquellos que acudieron a la cita de CJA pretendían “reclamar” lo que entendían como propio: su cuerpo, su espacio, su tierra; sus derechos y libertades. Frente al monopolio de los grandes partidos y las grandes corporaciones, capaces de absorber la acción de la ciudadanía y de fomentar tanto una privatización del lenguaje y el discurso cultural como de los espacios públicos comunitarios, el grito en las calles trataba de impulsar, al margen del discurso corporativo, un discurso popular soterrado y parecido al “pequeño comerciante cuyo comercio está al lado de la supertienda” (Klein, 2001: 228). Desde lo local y desde la diferencia, el *leitmotiv* del cambio climático reflejaba el convencimiento de la finitud del planeta; puede que muchos mundos cupiesen en uno sólo, pero era uno sólo el

que necesitaba ser transformado. *There is no Planet B*, aquella pancarta presente durante las manifestaciones, dejaba clara la urgencia de actuación: la necesidad frente a la posibilidad.

Durante toda la semana, al caer la tarde los núcleos de convergencia se llenaban de discusiones y preparativos encaminados a la organización de la acción más simbólica y representativa de la contra cumbre: *Reclaim Power!* Convocada como acción directa y de desobediencia civil, el componente de riesgo, que se volvería cada día más palpable debido a la respuesta de los cuerpos policiales, dotaba a la acción de una intensidad todavía mayor. Pese a que en cada jornada se desarrollaban protestas, organizadas en función de diversos ejes temáticos (deuda climática, migraciones, régimen de fronteras y refugiados, producción y consumo, etc.), en la mente de todos los activistas y manifestantes estaba la acción del miércoles 16 de diciembre, dos días antes del fin de la conferencia de Naciones Unidas. *Reclaim Power! Pushing for Climate Justice* se había vuelto ya, antes de su puesta en marcha, algo más que una frase o una acción programada; se había vuelto un lema, un objetivo en el que tenía cabida no la intención sino la determinación, no la idea de un cambio sino la acción generadora del mismo. Tomando notas en mi cuaderno de campo mientras asistía a los *trainings* y a las reuniones, mi cabeza repetía el eco de los cánticos de la tarde: *Our Climate, Not your Business* (Nuestro clima, no vuestro negocio).

En el imaginario colectivo, el concepto de desobediencia civil nos acerca a un límite, a una frontera: una línea invisible (pero corporeizada), intocable (pero materializada). Nos acerca a un terreno liminal, a un borde. El cruce de esta línea se vuelve transgresivo, y el inconsciente espera que una sanción sea establecida. Pero una frontera no sólo produce y articula las diferencias, sino que es a su vez producto de las mismas. Una llamada a dicha desobediencia no olvida los riesgos de su empresa, pero es consciente al mismo tiempo de las posibilidades tendidas detrás de la línea, en el terreno mismo de la diferencia.

Una mirada fugaz al siglo XX nos trae dos ejemplos magnificados y frecuentemente rescatados del vagón todavía ardiente del pasado. Por un lado, la marcha de la sal iniciada en la India por Gandhi en los años treinta, dirigida a desmontar el monopolio del Estado sobre la distribución de la sal y cumbre de un movimiento precedido de años de manifestaciones no violentas y huelgas de hambre, dirigidas a arrancar la independencia de la India al Imperio Británico, y en cuyo rastro ya se podían leer algunas de las huellas de autonomía y autogestión reclamadas por CJA. De otro lado, el movimiento por los derechos civiles que sacudió los Estados Unidos entre mediados de los años cincuenta y toda la década de los 60, aupando al movimiento negro a primera línea de la política nacional e impulsando el cauce de una nueva marejada de reivindicaciones sociales que continuarían agitando al país durante más de una década, de los gritos de liberación feminista a las consignas del movimiento gay, haciendo de la desobediencia civil un arma, una manera de expresión; la forma final de hacerse ver en el mundo.

Medio siglo después de que Rosa Parks desobedeciese al chófer de la línea de autobuses públicos de Montgomery (Alabama) el primer día de diciembre de 1955, negándose a ceder su asiento a un blanco y a dirigirse a la parte de atrás del vehículo (pequeña chispa de cotidianidad que encendería un boicot de 381 días de la población negra a la compañía de transportes y prendería así la mecha del movimiento por los derechos civiles), la canadiense Naomi Klein, cronista del movimiento global, rescataba del vagón de la historia aquel episodio del sur de los Estados Unidos, y en el vientre de una carpa de circo levantada en el barrio libre y autogestionado de Christiania, entre los vítores de varias centenas de activistas, decidía invertir la fórmula: si Rosa Parks había decidido permanecer sentada en su asiento, el 16 de diciembre, en cambio, “el movimiento decidirá no sentarse, esperando pasivamente, sino que permanecerá erguido para iniciar así un nuevo movimiento de desobediencia”.

La acción directa, por su parte, nunca logrará desprenderse de una imagen violenta. Su vinculación en determinadas jornadas históricas con el enfrentamiento y el combate pervive todavía en la memoria de los cuerpos y en la construcción colectiva del imaginario

occidental. No obstante, igual que en el discurso de Naomi Klein bajo la lona circense, la convocatoria de CJA, con el conjunto de sus manifestaciones legalmente pactadas y negociadas, llamaba a la no violencia. Esto no evitaría la aparición de brotes de violencia, en la configuración de un estado de situaciones que acogían, bajo una u otra forma, tensiones e incluso estados límite. Hablar de acción directa, con todo, implicaba en aquel contexto referirse nuevamente a la autogestión de fuerzas y recursos, a la autoorganización, huyendo de la delegación o de la representación indirecta; suponía la acción (de ser y de estar) directamente en el mundo.

Como hemos visto, estos ejemplos llegaban después de períodos de dominación y crisis. Se convertían en armas a las que se recurría como instrumento final, con la esperanza de hacer valer así sus intereses. En la contra cumbre del clima, tales herramientas aparecían en la primera página del movimiento. El clima, el calentamiento global, el planeta como verdadero territorio común, servía de pretexto para fundamentar estas acciones, para introducir en las agendas políticas las alternativas que tratarían de dar una salida paulatina a la crisis. Ante una alarma tan global como el cambio climático la lógica de los intereses daba paso a la lógica de los derechos. Ya no se trataba, a fin de cuentas, de defender los límites circunscritos de unos intereses particulares, sino de clamar y reclamar unos derechos, que son humanos y sociales porque humana y social es la crisis que atraviesa el sistema, que han sido olvidados y desatendidos.

En la agenda de los pueblos, impulsada desde la asamblea de los movimientos sociales, que se desarrollaría con dificultades junto a las vallas que sellaban el acceso al Bella Center, la “deuda climática” aparecía como una de las reclamas fundamentales, junto al control de la producción y el consumo, la potenciación de la agricultura local y sostenible, el abandono de los combustibles fósiles, el control de las comunidades sobre sus recursos, la cancelación de la deuda externa o el respeto a los derechos indígenas. La desobediencia y la acción directa parecían señalar que las miles de personas reunidas en la acción habían comprendido el origen de la crisis, y hacia ese mismo origen dirigían sus miradas y sus cánticos. Quizás la lección fuese fácil de aprender. Quizás la inocencia de una frase resumía un mundo. O tal vez todos estuviesen equivocados. Pero en el lateral de un camión que CJA empleaba durante las manifestaciones como *soundsystem* y plataforma de difusión, colgaba una pancarta, negra como el carbón: *You can't have infinite growth on a finite planet.*

El incumplimiento del Protocolo de Kioto de 1997 y la inestabilidad de la escena internacional, referida tanto a los derechos civiles como a los riesgos medioambientales, convertía la desobediencia y la acción directa no violenta en una urgencia expresiva. Asistíamos a un terreno performativo donde la práctica y la política del *networking* se expresaba físicamente, tomaba cuerpo, se movilizaba, se exteriorizaba y se volvía visible. En esta suerte de espacio teatral las subjetividades se resituaban y reconfiguraban en movimiento; “la acción directa como performance cultural, con mensajes políticos que son comunicados a través de imágenes y emociones” (Juris, 2008: 125) [Traducido por el autor]. Emociones que se transmitían con la voz y con el cuerpo, y cuerpo que era empleado a la vez como escudo y como arma, como metáfora y como carne.

Efectivamente, nos encontrábamos de nuevo ante una cuestión de “poder”. Es curioso cómo, en la traducción, confundimos a veces el sentido y el significado original. *Reclaim Power!* se refería precisamente a “reclamar” el poder. Ahora bien, en su asimilación muchos olvidaban otra variante significativa, quizás más apropiada para entender la acción y la voluntad del movimiento. En la lengua inglesa, otra acepción para el verbo *to reclaim* es la de “recuperar”. Aunque sin un reclamo del mismo el poder nunca volvería a la gente por su propia inercia, una llamada a “recuperar el poder” no quería detenerse en la reclamación, sino que confiaba en tomar y devolver el poder a la gente. Ahora bien, dentro del universo de ideas, significados, prácticas y símbolos con los que el movimiento global, y más aún su ala de autonomía, se presenta y representa en la vida pública, el poder queda referido a una

potencia, a una capacidad de poder hacer, más que a un Poder mayúsculo, institucional; se trataba de recuperar el poder de control sobre la vida, y así sobre el clima y sobre la tierra. En las calles de Copenhague se volvía a escuchar el grito, célebre entre los movimientos sociales, de *Power to the people!*, rebotado del eco de otras luchas y otras décadas, mas guardando sus deseos. Ahogados entre el frío, el gas pimienta y el silencio institucional, muchos de aquellos gritos se romperían en el viento.

Criminalización de la Resistencia.

Dinamarca entera se había blindado para acoger la conferencia de la ONU. La llegada de presidentes, primeros ministros y personalidades, así como el aprendizaje que la “batalla de Seattle” había brindado a los países organizadores de reuniones y cumbres de estado, hacían de la capital una fortaleza y del conjunto del país un dispositivo permanente de control. Caminar aquellos días por Copenhague suponía estar expuesto a un riesgo, a una incertidumbre, e incluso los ciudadanos locales, comprensibles y aparentemente inafectados por el despliegue de tal aparato policial y por la llegada de un contingente tan diverso de manifestantes y activistas, se detenían en ocasiones en medio de la calle, girándose para ver el espectáculo móvil e itinerante de una caravana de furgones policiales, del movimiento circular de un helicóptero sobre sus cabezas o del sonido de petardos estallando en la manzana contigua. Bajo las luces de navidad que colgaban sobre las aceras, era imposible alejarse por completo de esa sensación de tensión, de una cierta carga psicológica que caminaba como una sombra detrás de cada cuerpo. Aún días después de haber dejado el país, entre la intensidad de la experiencia y el cúmulo de vivencias, las sirenas continuarían alumbrando y rondando en mi cabeza, y no serían las dulces protagonistas del popular cuento de Hans Christian Andersen, sino el murmullo constante de un coche de policía, circulando toda la noche, convertido en la metáfora de un sistema que, orgulloso de sus principios, no quería escuchar alternativas sino aplacar las voces disidentes.

Detención preventiva: “cuerpo activista” = “cuerpo criminal”.

Durante la contra cumbre, las acciones policiales y de control extendían el rumor y la imagen del activista como una figura peligrosa, desafiante, marginal. En definitiva, alguien a quien se debía tener bien vigilado, como si se tratase de un criminal; imaginario al que contribuían algunos de los medios de prensa internacionales.

La suspensión temporal del Tratado de Schengen, que permite a los ciudadanos de la Unión Europea circular libremente por los diferentes Estados de la Unión con su carnet como única pieza de identificación requerida, se veía acompañada de una ley de detención preventiva que entraría en vigor cuatro días antes del arranque del COP 15. Con dicha ley, el gobierno ampliaba las competencias de la policía, aumentaba las penas de prisión y endurecía la legislación para aplicar penas preventivas y evitar, así lo anunciaba Brian Mikkelsen, ministro de justicia danés, “la violencia, los ataques y los altercados de orden público”.

Ahora bien, detener preventivamente significaba detener de un modo arbitrario y muchas veces injustificado. Significaba actuar sobre una presunción, anteponiéndose a la acción misma. Cuando un ciudadano se dirigía a una manifestación, o cuando algún manifestante sujetaba una pancarta, o simplemente cuando se acercaba a alguno de los puntos de convergencia, podía ser arrestado, generalmente nunca más de doce horas, sin la necesidad de intervención ni dictamen de un juez. Parecía que retrocediésemos a otras épocas, al sentir tan cerca los ecos sombríos del positivismo criminológico de Lombroso. Ahora ya no se operaba sobre variables genéticas, sino que los “prejuicios preventivos”, privadores de libertades y de derechos fundamentales, se aplicaban sobre el color de la ropa, sobre el calzado o el corte de pelo; en definitiva, sobre la construcción de un estereotipo para un nuevo modelo de criminal: el activista.

El dispositivo preventivo había habilitado cientos de celdas en las afueras de la ciudad, con la capacidad de acoger a los cerca de dos mil detenidos que, en apenas una semana, llenarían las cárceles. Muchos activistas comentaban que se trataba de una estrategia que pretendía debilitar al movimiento. Las detenciones masivas durante las manifestaciones, los registros y puestos de control dispersados a lo largo de la ciudad, las visitas de la policía durante la madrugada a las fábricas, las amenazas de desalojo... En efecto, todo este despliegue espectacular de medios era sentido por los activistas como una amenaza, pero también como una provocación, y en cierto modo como una incitación. Sea como fuere, la tensión no se veía sino incrementada como consecuencia de este planteamiento, fortaleciendo aún más entre los activistas una autodefinición en oposición al otro, un autoreconocimiento en distinción con el otro: un “nosotros” frente a un “ellos”.

Ante esta especie de estado policial, un cierto temor y desconfianza se acomodaban entre los manifestantes. Al salir de los espacios de convergencia, algunos trataban de borrar cualquier huella que, sobre su cuerpo o en sus ropas, sirviese a la *politi* para identificarlos como activistas: algunos se deshacían de la “guía de acciones” distribuida por CJA, otros despegaban pegatinas de sus cazadoras, otros escondían los mapas de la ciudad donde estaban anotados los lugares de manifestación, otras anotaban en sus manos números de teléfono de abogados, otros rellenaban sus botellas de agua por miedo a ser gaseados con lacrimógenos o pimienta... Ante este panorama se instalaba una leve guerra psicológica, cuyos bandos parecían polarizarse cada día más. Con todo, el cuerpo del activista, pese a la criminalización a la que se veía expuesto, parecía tener clara su voluntad, y parecía haber comprendido que para “recuperar el poder” lo primero era recuperar el poder sobre su cuerpo.

El 12 de diciembre, en el Día de Acción Global, en el que miles de personas desarrollaron protestas en todo el mundo contra el cambio climático, la historia parecía de nuevo recuperar antiguos episodios. Cuando Damiens, el regicida al que Foucault dedicaba sus primeras páginas en *Vigilar y castigar* (1990), era condenado el 2 de marzo de 1757 a pública retractación ante la puerta principal de la iglesia de París, y conducido luego hasta la *place de Grève*, el pueblo parisino presenciaba en la plaza pública un tipo de tecnología de castigo anterior al orden disciplinario de las instituciones de encierro. La tortura no sólo brindaba al pueblo un espectáculo punitivo en base a una teatralización del castigo y el sufrimiento, sino que funcionaba además como modelo ejemplificador, como factor socializante, como muestra de lo que el poder soberano podía hacer sobre el individuo. En nuestro ejemplo, poco después de iniciarse una manifestación que juntó a cerca de 100.000 personas, que recorrieron alegremente las calles del centro de la ciudad y terminaron la marcha casi seis horas después frente al recinto del Bella Center, la policía irrumpió en bloque en la parte de atrás de la manifestación, rodeando a 968 personas, que luego serían detenidas.

Cinco horas después, cuando mis compañeros y yo volvíamos hacia el centro, fatigados tras los kilómetros de marcha y tiritando a causa de los -2°C que marcaba el termómetro de la Radhusplasen (plaza del ayuntamiento), aquellas 968 personas continuaban sentadas en medio de la calzada, esperando a los autobuses públicos que pronto los llevarían a prisión. A lo largo de una calle, en una foto que pronto se distribuiría por la red y las comunidades de Internet, aquellos cuerpos criminalizados, expuestos y mostrados al público, se extendían en filas, atados y rodeados de un gran número de agentes y furgones policiales. Además, desde nuestra llegada al lugar varios camiones de policía llegaron llenos de perros, cuyos ladridos estremecían a los transeúntes. Palabras como “brutalidad” o “tortura” eran las empleadas aquella noche por los activistas para referirse a los sucesos de la tarde. Parecía, sin duda, que el castigo público de Damiens, en otra dimensión y en otro tiempo, se había recorporeizado. Ante un despliegue tan desproporcionado, varios grupos de jóvenes esperaban alrededor del cordón policial como muestra de solidaridad con los arrestados, y al grito de *Let them go!* (¡Dejadlos ir!), contemplaban al igual que el pueblo de París, aunque esta vez atónitos, sorprendidos y desmoralizados, el espectáculo punitivo de la plaza pública.

El ejemplo anterior parecía invertir el análisis foucaultiano del tránsito de las sociedades soberanas a las sociedades disciplinarias, produciéndose una “conjugación de las sensaciones insoportables con una economía de los derechos suspendidos” (Foucault, 1990: 18). En cierto modo, en las plazas de Copenhague se volvía pública la ejecución del castigo, y no, como entendía Foucault en dicho tránsito, el debate y la sentencia, que se ocultaban y enmascaraban en este caso. A su vez, además del ya mencionado reemplazamiento de la figura del juez por la del policía, el abandono de la percepción cotidiana del dolor y el castigo, que el pensador francés entendía como propio de las sociedades de soberanía, y la inauguración de lo que él denominaba “conciencia abstracta” (saber que el sistema cumple por sí mismo sus funciones sancionadoras), parecían invertirse también, con la vuelta de la punición al espacio cotidiano. La criminalización de la resistencia reabría aquellos días el debate sobre el derecho de castigar, sembrando la duda acerca de si el castigo llegaba en nombre de la defensa de la sociedad (discurso securitario protector) o si por el contrario obedecía, como en tiempos de Damiens, a la venganza del (Estado) soberano... Tal disposición de las cosas hacía entender el control como algo ya no unificado, sino disperso,

“capaz de extenderse de modo difuso, atravesando los umbrales de las instituciones totales y desplegándose sobre el espacio llano e indefinido de las metrópolis” (Brandariz, 2009: 33).

Al mismo tiempo, rompía la concepción independiente de las categorías de soberanía, disciplina o control, revelándonos escenas en las que tales categorías se entremezclaban y readaptaban al contexto. Tal y como señalaba Deleuze (1995) en su análisis de las “sociedades de control”, éste se volvía en la contra cumbre del clima un fluido multiforme, presente tanto en las relaciones como en los espacios y en los cuerpos, más allá de las disciplinas que operaban en el espacio y en la duración de un sistema cerrado (cárceles, escuelas u hospitales). En buena medida, era esta concepción del control, mediante la cual el sistema trataba más de evitar antes que de normalizar, la que desplegaban los dispositivos daneses de vigilancia, control y detención preventiva.

El circo de Christiania: discursos, perros y gas pimienta.

Todos estos enfrentamientos, físicos y simbólicos, desplazaban la plataforma comunicacional del movimiento y basculaban buena parte del peso de las movilizaciones a un tipo de resistencia estratégica, en clave de guerra. El vacío de una sala en Ragnhildgade se llenaba en los *trainings* de la tarde, guiados por activistas como Lisa Fithian, una “veterana” de la “batalla de Seattle”, que diseñaba ejercicios como la formación de cadenas laterales, uniéndose con los brazos a los compañeros de cada lado para proteger a los del interior y evitar la penetración de la policía; las maneras de manifestación dinámica, moviéndose y dispersándose para dificultar el bloqueo policial; o la importancia de actuar como grupo, con una estrategia bien definida, situándose en “grupos de afinidad” y cuidando del compañero de al lado. Pese a todo, estas medidas no bastaban para franquear las barreras y dispositivos desplegados por la policía. Las cifras asustaban: 968 detenidos el sábado, 200 más el domingo... y otros tantos les seguirían en Christiania el lunes o junto al Bella Center el miércoles. Con todo, es cierto, el movimiento no se detenía, al menos en su totalidad, y salía a la calle.

If the Climate were a bank, it would have been saved (Si el clima fuese un banco, ya hubiese sido salvado). En la sombra de un nuevo *crack* financiero de dimensiones globales esta frase expresaba el descontento de los movimientos, apuntando a un sistema capaz de invertir dinero público para subsanar la quebrada salud de los bancos y, sin embargo, incapaz de frenar el calentamiento global o atacar la deuda climática. La tarde del lunes 14 de

diciembre, camino del barrio de Christianshavn, dicha frase, que ya había podido leer en la web de CJA un mes antes, aparecía ahora garabateada sobre un muro. En la semioscuridad de Christiania, donde la luz eléctrica apenas brillaba, había sido prevista la *Reclaim Power Party*, entendida como una celebración en donde tenían cabida debates, discursos y música, tratando de preparar con un tono festivo la acción de “recuperar el poder” del miércoles 16. En esta autodefinida “comunidad libre” de Christiania viven cerca de mil personas y la organización de la vida cotidiana sigue principios de autogestión y autogobierno. Abandonado por el ejército en 1971, este terreno fue *okupado* y es habitado desde entonces bajo la forma de “experimento social”. Dentro de los límites de la comunidad, próxima en su praxis a algunas de las reivindicaciones que CJA presentaba aquellos días, se levantaba la estructura de una carpa de circo.

Tras una presentación a modo de *late show* por parte de Lisa Fithian, vitoreada junto a las “estrellas invitadas” bajo la verde lona circense, Naomi Klein, Michael Hardt y Tazio Müeller sintetizaban sin grandes reflexiones teóricas su posicionamiento ante la campaña de CJA contra el cambio climático y a favor de nuevas maneras de entender y producir el mundo. Los asistentes, emocionados, aplaudían y coreaban consignas, como los niños boquiabiertos que esperan ver sobre la pista al funambulista y al payaso. Bajo ese teatro de sueños que representa para muchos la carpa de circo, hogar de sujetos nómadas y pasarela de imaginarios e imposibles, se presentaba el debate evocando la jornada de Seattle, glorificada constantemente, y el levantamiento zapatista de 1994, que en palabras de Fithian “supuso una nueva manera de encauzar e hilvanar la imaginación del movimiento alrededor del mundo”. Llamando a la acción y a la necesidad de hacer de Copenhague un “momento único”, Klein subrayaba las desigualdades entre ricos y pobres, criticando la injusticia de hacer pagar a ambos por igual los efectos de la sobreproducción del primer mundo, ya que “el veinte por ciento de los países ricos producen el ochenta por ciento de las emisiones”, decía. Antes de recuperar el ejemplo de desobediencia de Rosa Parks, la escritora hablaba de “poner el mundo al revés, o ponerlo de nuevo al derecho”, donde podíamos leer no sólo el carácter carnavalesco que ha venido caracterizando al movimiento en la última década, sino el deseo de “recuperar” un orden de cosas que se entendía como perdido o arrebatado. Por su parte, Hardt hacía hincapié en la importancia de entender la lucha climática como una lucha social, defendiendo su visión de “lo común”. Recordemos:

“Las diferencias internas de la multitud deben descubrir <lo común> que les permite comunicarse y actuar mancomunadamente. En realidad, lo común que compartimos no se descubre, sino que se produce” (Hardt, Negri, 2004: 17).

En la misma línea, durante su exposición confería a “lo común” un sentido de búsqueda, dentro de la creatividad y la producción humanas (de ideas, de gestos, de formas), “en la medida en que necesitan ser compartidos para ser producidos”. Diferenciando “lo común” de los recursos comunes (limitados) que la tierra brinda, terminaba su intervención apelando a la “dignidad de los piratas” (culturales), diciendo que recuperaban territorios comunes que habían sido privatizados, provocando así el júbilo de los asistentes. Por último, antes de que la policía entrase en Christiania, Tazio Müeller, representante de CJA, que a la mañana siguiente sería arrestado tras una rueda de prensa en el Bella Center como presunto “instigador de altercados del orden público”, en palabras de la jefatura de policía, criticaba al COP 15 y llamaba a la participación en la acción *Reclaim Power!* Antes de que el delirio estallase subrayaba la importancia de aquellas jornadas, y apuntaba: “La jornada del miércoles no supondrá el fin del movimiento, sino el punto de partida”.

Poco después la carpa de circo se transformaría en un escenario dramático. Los rumores que corrían de un lado a otro advertían de los enfrentamientos entablados entre el *Black block*, grupo de tendencia más radical, y la policía. Durante la contra cumbre, el com-

portamiento de este grupo fue criticado por la mayoría de voces del movimiento, quienes entendían que este grupo ponía en peligro la eficiencia y la legitimidad de las manifestaciones convocadas legalmente bajo la forma de acciones no violentas. Pronto las salidas de Christiania se transformaron en trincheras, bloqueando no sólo la entrada de la policía sino también la salida de las personas que paseaban, bailaban o se reunían bajo la carpa. Entre la quema de contenedores y el lanzamiento de cócteles molotov, los jóvenes del bloque negro, que “se amparaban en las acciones legítimas convocadas por otros para hacer lo que ellos nunca podrían hacer por sí mismos”, tal y como comentaba uno de los asistentes al debate, provocaron un gigantesco despliegue policial. Después de sofocar los fuegos, la policía rodeó Christiania, llegando a arrojar gas pimienta al interior de la carpa, provocando el nerviosismo entre la gente. Cubriéndose la cara y evitando respirar el gas, muchos escapaban como fugitivos corriendo por la parte de atrás, colina arriba, escuchando los ladridos de los perros a sus espaldas. Con varios helicópteros sobrevolando la zona y los cañones de luz de la policía apuntándonos de frente, caminamos con los brazos en alto, como criminales, superando varios controles hasta abandonar el barrio. Otros no tendrían tanta suerte y pasarían la noche en una celda. Esa misma escena terminaría con 210 detenidos. Inscrita en el arco de madera que marcaba la salida de Christiania se podía leer: *You are now entering the European Union...*

En permanente construcción (o el elogio de lo no acabado).

Ante este estado de acontecimientos, la vuelta a Ragnhildgade no resultaba del todo reconfortante, ya que persistía el temor a que los altercados y las detenciones continuasen durante la madrugada. Mientras esta tormenta preventiva rodeaba las calles y se plantaba en las aceras, varios espacios de la ciudad se abrían como refugios. Era el caso del Folkets Hus (Casa del Pueblo), edificio situado en el distrito de Nørrebro, cerca del histórico emplazamiento que había acogido a Lenin y en el que Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo proclamaron el 8 de marzo de 1910 como “día de la mujer trabajadora”, lugar que había sido reconvertido en Ungdomshuset (Casa de la juventud) y demolido en marzo de 2007, provocando una importante movilización popular. En el corazón de un parque urbano, el Folkets Hus acogía el Cafe Under Konstruktion, un tipo de experimento sociocultural que, al igual que el movimiento social que en aquellos días penetraba su espacio, se construía a medida que experimentaba; en tanto producto o concepto inacabado, el sentido mismo de aquel café laboratorio se encontraba en la experimentación, en el diálogo, en el proceso de búsqueda, en la interacción. A su vez, un cierto miedo o fobia a “lo terminado”, ya fuese el sistema económico o la concepción del cuerpo humano, provocaba una desaprensión por lo definitivo, lo inamovible o lo aparentemente insustituible. Decenas de carteles y recortes colgaban en las paredes, recordando fechas históricas de los movimientos sociales daneses e internacionales. Libros, periódicos y revistas se prestaban e intercambiaban, mientras la gente discutía o se conectaba a Internet para sumergirse en los portales de la contra información. Afuera, la nieve resbalaba en las ventanas y caía sobre los árboles, mientras las cocinas ecológicas calentaban y servían alimentos a los visitantes. Sentado en uno de sus sofás, como si se tratase de un intermezzo en la furia de aquellos días, leía el número de diciembre de la revista de pensamiento Turbulence, donde Müeller reflexionaba sobre el denominado Green New Deal, el nuevo pacto ecológico que favorecía, a su modo de ver, el “capitalismo verde”, y generaba tanto una crisis climática como lo que él denominaba una “biocrisis”, esto es, “una crisis en la vida de la gente provocada por el imperativo sistémico del crecimiento infinito”. Resguardado del frío, tomaba notas y entraba en calor bebiendo un SoyaCacao, bajo un cartel de Reclaim the Streets en el que leíamos: “Si quieres cambiar la ciudad, debes controlar las calles”. Con la noche esperando y las sirenas aullando en la distancia, salíamos de aquel amable rincón mientras sonaban los acordes nómadas en el vie-

jo piano del café, llegados de alguna parte, huyendo a cualquier lugar, afinados con el deseo de una revolución diseñada en bicicleta, a través de Internet, con mochilas a la espalda y comida vegana en el estómago.

La ciudad se transformaba entre manifestaciones y dispositivos de control. Hopenhagen era repensada por los manifestantes, y desde los movimientos populares la voz común hablaba primero de COPENhagen, de abrir la ciudad (to open) al diálogo y a las propuestas ciudadanas, y después de COPenhagen, donde la imaginación creativa se mofaba de los comportamientos policiales, jugando con la voz inglesa cop (poli). De tales comportamientos se hacían eco también los ciudadanos, activistas y cibernautas de toda Europa, a través de los servidores del portal “contra informativo” de Indymedia. Apenas a unas manzanas del Cafe Under Konstruktion, el Media Center se erigía como enclave de convergencia mediática, un pequeño rincón en la ciudad donde Internet y otros instrumentos comunicacionales marcadamente unidos al devenir de las subjetividades de la globalización y los movimientos sociales que en torno a ella han ido emergiendo, servían al mediactivismo sus herramientas de trabajo. Manifestantes y activistas de diferentes países se reunían y escribían crónicas de lo que allí ocurría, construyendo mensajes que colgaban en los portales de Indymedia. Este ejemplo de producción de información redefinía la posición de la ciudadanía respecto a la misma, potenciando la participación activa de los sujetos en la construcción y el comentario de las noticias, pretendidamente producidas de modo “independiente”. Era allí donde la contra cumbre del clima tejía redes y se multiplicaba de manera rizomática, lanzando informaciones a un espacio global, interconectado y a tiempo real. Las calles se volvían también virtuales.

Entre lo institucional y lo movimentístico se encontraba el Klima Forum, edificio situado en el centro de la ciudad y reconvertido durante la conferencia de la ONU en lugar de encuentro político y social. Allí se presentaban alternativas y proyectos, y se celebraban debates y conferencias en torno al calentamiento global y sus efectos sociales. José Bové o Vandana Shiva, entre otras figuras, presentaban sus puntos de vista, mientras la elevadísima calefacción se encendía como una contradicción ecológica, amplificando el contraste con el exterior. Detrás del edificio, alzado sobre el canal, tres columnas de gases trepaban al cielo confundiendo entre las nubes. En uno de los carteles difundidos por CJA, los cuellos de estas columnas fabriles se anudaban y los gases remitían. Entre las dos imágenes, la del mundo real y la del mundo imaginado, tanto en las calles como en las salas de reuniones, la población civil y las élites gubernamentales negociaban una opción de futuro. Desde la autonomía del movimiento global se daba por sentado que las negociaciones en el Bella Center no salvarían al mundo, pero su voluntad de transformación directa no dejaba claro si todavía existía la posibilidad de un territorio de encuentro con la política institucionalizada o si bien la tan anhelada alternativa no aspiraba a ser compartida.

En la organización temática del Klima Forum, las diversas salas y actividades se señalaban en el plano de entrada con diferentes colores: el verde para las prácticas de vida alternativas y la acción local, el rosa para la temática queer, el verde para la alimentación y la agricultura, el amarillo para la economía y la globalización, el morado para los derechos universales, la justicia climática y las migraciones... El listado todavía continuaba, pero quizás lo más llamativo no fuese el listado en sí, sino la reapropiación que de los colores, las temáticas y las inquietudes hacían los jóvenes que entraban en el edificio. En un momento histórico en el que nada apenas tiene ya sentido por separado, en donde la interconexión a escala mundial se refleja hasta en las prácticas microcotidianas más elementales de un barrio o una comunidad, cada color no palpaba su verdadero significado hasta que era puesto en contraste, en relación y en contacto con el resto. Introduciendo la mano en una cesta en la que esperaban a ser recogidas las telas de colores que servirían para identificar las motivaciones e inquietudes de cada uno, muchos cerraban el puño y recogían arco iris. Tomaban más de uno, más de dos y más de tres colores, que pasearían luego en sus gorros, solapas,

o guantes. Aquel pequeño gesto revelaba algo más que una confusión. Denotaba un cambio fundamental en el sentido político contemporáneo, y con ello una transformación del significado de los movimientos sociales.

Laboratorios de Imaginación y Horizontes de Carnaval.

La reapropiación de los horizontes carnavalescos y los ambientes de fiesta popular propios del escenario público se han vuelto señas de identidad del movimiento global y, en general, de buena parte de las manifestaciones políticas de la última década. En este devenir, la creatividad y la imaginación se han revelado como ejes de un nuevo cuerpo social, un cuerpo tejido en la cotidianeidad de muchas pieles y trazado desde la pluralidad de las maneras de caminar. Desde los motines de la clase trabajadora a mediados del siglo XIX se ha ido transformando no sólo el significado o el fondo de las reivindicaciones, sino también la forma en que éstas se plantean y se presentan en sociedad. La imaginación ha mutado de arriba abajo. Ha pasado de ser percibida como un atributo de genialidad y ha descendido hasta los movimientos sociales, convertida por éstos en una pieza clave para pensarse a sí mismos. Es cierto que a lo largo de la historia los levantamientos populares y revolucionarios han estado cargados de sueños, de deseos y de imaginación. Pero tal vez nunca antes, al menos con tanta fuerza, ésta se haya convertido en un arma cotidiana, en una forma de expresión, en un argumento vital.

En las plazas medievales, antes de que el carnaval fuese institucionalizado, especializado y temporalizado, el espacio público pertenecía a la gente: a los vendedores, a los mendigos, a los vecinos, a los juglares, a los bufones. El cuerpo era una realidad viva y presente, que se expresaba y se definía a través del contacto. Hoy, las políticas urbanas alejan a la gente del espacio que habitan, mientras la cultura publicitaria privatiza la ciudad y la convierte en un “espacio de marca” (Klein, 2001: 228). En Copenhague, las políticas de resistencia trataban de reconquistar y, antes que de ocupar, de liberar el espacio público, intentando entregárselo de nuevo a la gente a través del humor y la alegría. En contraposición con las ceremonias y los rituales oficiales, serios reproductores del orden y de las jerarquías, la recuperación del carnaval, a través de la libertad y la parodia que implica, “construía un segundo mundo y una segunda vida al lado del mundo oficial” (Bajtín, 1987: 11), mostrando grietas que entreabrían un campo de posibles y revelaban que el orden establecido no era natural ni inamovible, sino que podía ser modificado.

El color, los disfraces, las máscaras, acompañado todo ello de la música tamborilera de los “Ritmos de la resistencia” y los bailes grotescos de la Pink Samba, fracturaban el modelo clásico de manifestación fundamentada en “lo serio”, y organizaban una celebración basada en la participación y en el ambiente colectivo. Dado que en cierto modo aquello que ponían en práctica era un reflejo de lo que querían crear, lo performativo y experimental buscaba la manera de imaginar la liberación. Este tipo de movilización abandonaba las formas de protesta tradicionales, donde subyacía “una filosofía de la pasividad política (ellos hablan, nosotros escuchamos) y lo que se decía resultaba casi siempre negativo y derrotista” (Duncombe, 2007: 69) [Traducido por el autor]. En esta reclama de lo popular, lo público y lo compartido, los horizontes carnavalescos se dibujaban en el cielo de la tarde, mientras el mundo de lo institucional y de lo serio era repensado y rebatido a través del humor, convertido en herramienta de diálogo y reflexión, en una forma retórica del lenguaje puesta al servicio de lo imaginativo, lo creativo y lo movimentístico. La ciudad, practicada ahora en el espacio y en los cuerpos, atravesada por mensajes y cánticos, bailada y reclamada, seguía transformándose. El puerto de la esperanza o la ciudad abierta y policial volvía a renombrarse en el juego del lenguaje. En Folkets Hus se distribuían y pegaban nuevos carteles, donde leíamos: “Jokenhagen (joke: broma). Donde tu voz se encuentra en detención preventiva”.

Payasos rebeldes: el juego como máscara.

Una de las figuras que correteaban haciendo muecas entre el paisaje polifónico del mundo circense y carnavalesco desplegado en la escena pública era el payaso o clown. Experto en darle la vuelta a las cosas y romper con ello dicotomías y barreras, el payaso buscaba entre la gente miradas de complicidad envueltas en inocencia, tratando de recuperar la libertad de jugar abandonada en la infancia y haciendo del juego un vehículo de expresión, comunicación y aprendizaje. La red internacional CIRCA (Clandestine Insurgent Rebel Clown Army) convergía en Dinamarca y unía en un ejército de patosos y burlones a payasos de Francia, Inglaterra, Alemania, España o Bélgica. Convirtiendo el humor y la complicidad irónica en una suerte de “narrativa interdependiente” (Duncombe, 2007: 138), necesitada de un universo de significados compartidos y de interacciones dispuestas a descifrar y traducir informaciones, la armada rebelde de clowns pretendía horizontalizar las relaciones y borrar las jerarquías, persiguiendo la ruptura con las formas del espectáculo basadas en la distinción entre actores y espectadores. Convirtiendo la risa en un espacio de comunicación y en un gesto cultural dotado de sentidos y transmisor de mensajes, las narices rojas hacían de su cuerpo, pintado y reinventado, una máscara capaz de potenciar la alteridad y de jugar con lo múltiple. Teniendo en cuenta, además, que “la risa se expresa en y a través del cuerpo” (Le Goff, 1999: 46), el carnevale clownesco no se despedía sino que manifestaba su presencia².

En las asambleas de los clowns el humor era entendido como una forma de hacer política. Un miembro de la brigada L'art Nez Rouge, de Rennes, me decía que “el payaso cumple la función de espejo”, y explicaba cómo en él se ven reflejadas las características humanas que compartimos, entre las que destacaba la capacidad de reír. En aquel contexto, reírse en grupo suponía participar de unas mismas inquietudes, y “ayudaba a configurar un espacio o foro en el que podían debatirse ideas políticas, sociales o morales” (Townsend, 1999: 207). Frente a lo que entendían como una captura de la imaginación en beneficio del mercado, los allí presentes reclamaban la sonrisa frente a la violencia como forma de reinventar la acción política y la comunicación. Desfilando alocadamente entre las cadenas humanas y los agentes, sus juegos relajaban la tensión e incluso provocaban sonrisas y guiños de la políti. Su fiesta improvisada en una gasolinera de Shell provocaba carcajadas, al tiempo que una lectura entre líneas revelaba una crítica al sistema de producción y consumo energético. Su petición de papeles a transeúntes y policías, dentro los márgenes de una aduana pintada con tiza en el suelo, a las puertas de la embajada francesa, se burlaba del régimen de fronteras europeo y sancionaba a su manera la situación de los refugiados climáticos en el No Borders Day of Action. La aparente inocencia de su vestimenta y los cánticos absurdos que entonaban no escondían, sin embargo, un considerable riesgo, que era en cambio un riesgo protegido, donde la nariz o la máscara, el maquillaje o el disfraz, protegían a la persona que había detrás. Devolvían al terreno político elementos olvidados como el juego, el placer o la alegría. Más que respuestas, dejaban en el aire preguntas. Poniendo el mundo al revés, “su poder radicaba en que la audiencia, simultáneamente, reía y se identificaba con el clown” (Fremaux, 2007: 7) [Traducido por el autor].

Put the fun between your legs: la imaginación subversiva.

“Coloca la diversión entre tus piernas” era el nombre de la campaña que el colectivo de artistas y activistas del Laboratory of Insurrectionary Imagination había diseñado para la

² Recordemos que, etimológicamente, el sentido latino presenta el carnaval como el adiós (*vale*) de la carne (*carne*), en referencia al tiempo de Cuaresma y abstinencia que le sigue. La recuperación del sentido carnavalesco en estos movimientos, en cambio, supone la reivindicación de lo corporal y el mundo del carnaval como un estilo de vida, ajeno a calendarios e institucionalizaciones.

contra cumbre del clima. Este “laboratorio de imaginación subversiva”, afincado en Bristol pero conectado con grupos de todo el continente, preparaba durante aquella semana el bike block, o el bloque ciclista, donde construían lo que denominaban una “nueva e irresistible máquina de resistencia”. A través del reciclaje de viejas bicicletas, símbolo mayor de una contra cumbre ecológica y alternativa, este colectivo y los activistas que se unían a su propuesta se reunían cada tarde en la vieja Candy Factory. Allí diseñaban la estrategia que contaban poner en práctica en la acción Reclaim Power!, empleando las bicicletas como instrumento de acción, como arma de defensa y distracción frente a la policía y como vehículo capaz de penetrar el recinto de la cumbre. A pesar de su voluntad, parte de estas “máquinas de resistencia” serían requisadas por la policía el día anterior a la acción.

Desde el vídeo promocional de la acción colgado en Internet, estos “artistas”, concepto por ellos empleado para romper por la vía carnavalesca las dicotomías socialmente normalizadas entre el arte y la vida, situándose así en un espacio frontera que trataba de confundir (o fundir) ambas dimensiones, reclamaban la herencia histórica de las huelgas, los motines y las formas de resistencia, señalando que las pequeñas conquistas populares habían venido siempre de la mano de la desobediencia, a la cual se referían como “un regalo para nuestro futuro”. Cito literalmente:

“Las formas de rebelión que conocemos fueron inventadas, soñadas y diseñadas por un pequeño grupo de gente que se reía y conspiraba creativamente, ingeniando así el arte de la resistencia”. [Traducido por el autor].

Tenemos, pues, una visión de la resistencia no sólo como herencia y potencia, como forma de creación e invención, sino también como arte. La fusión del arte y la vida, representada en el carnaval a través del juego, encontraba en un nuevo modelo de imaginación una forma novedosa de expresarse. Amparados en la autonomía temporal carnavalesca, que siempre ha permitido decir y hacer cosas que fuera de esa esfera ritual serían sancionadas o reprimidas, los imaginarios subversivos encontraban en el anonimato de la multitud, que “permite que las sanciones sociales que la comunidad practica normalmente a través del rumor se expresen con voz clara y decidida” (Scott, 2003: 244), un escenario discursivo.

Esta deriva experimental y performativa entiende la capacidad creativa como un instrumento fundamental para el cambio social. En el portal de su sitio web, como presentación y armadura, lucen las siguientes definiciones:

Laboratorio: 1. Centro para la experimentación, la investigación y el aprendizaje. 2. Espacio en el que una pequeña cantidad de materiales peligrosos pueden ocasionar un efecto mayor que la suma de sus partes.

Imaginación: 1. Habilidad para formar imágenes e ideas de cosas que todavía no han sido vistas o experimentadas. 2. Herramienta útil de supervivencia, especialmente cuando es liberada y compartida.

Subversiva: 1. Que se eleva en una resistencia abierta contra el orden establecido. 2. La desconocida e inesperada naturaleza de una rebelión alegre.

Conclusión: De Seattle a Copenhague, una Década de Movimiento.

Terminada la cuenta atrás, los cuerpos que reclamaban el poder empujaron y presionaron contra las vallas que cercaban el Bella Center. *Pushing for Climate Justice* chocó con algo más que una línea infranqueable de furgones y policías. Las centenas de detenidos durante la acción, los gritos asfixiados, el gas pimienta o las cargas policiales no impidieron, sin embargo, la celebración de la asamblea y la discusión de la agenda de los pueblos. La intención proclamada de penetrar en el área de la cumbre y convertirla en un espacio abierto para la discusión ciudadana se vio truncada, pero el grupo que no fue arrestado o dispersado

consiguió reunirse y discutir la agenda, aunque no fuese en el interior del recinto, sino al otro lado de la alambrada. Más de ocho horas después del inicio de la acción, entre el frío y la nieve, los manifestantes se dispersaban sin saber muy bien qué habían logrado.

Diez años antes, las calles de Seattle se convertían en el escenario de presentación de este joven movimiento, que encontraría en aquella cita no sólo una fecha glorificada desde entonces, sino también una victoria: el fracaso de la reunión de la OMC. En Copenhague se invocaba constantemente al espíritu de aquellos días, de modo que la “batalla de Seattle” se consolidaba como mito de origen. Además,

“La transversalización de lo verde y lo obrero marca todo un hito en la política del movimiento: la creación de un escenario en el que al fin es posible la traducción y articulación de unas luchas que hasta entonces difícilmente lograban comunicarse” (Fernández de Rota, 2009: 106).

Efectivamente, los acontecimientos de Seattle suponían la convergencia de una pluralidad de grupos, sindicatos y movimientos que rompían con la lógica separacionista tradicional y articulaban un territorio común que modificaba el sentido político contemporáneo, llevando a primera línea pequeñas luchas y pequeñas políticas. El levantamiento zapatista de 1994 frente al Tratado de Libre Comercio entre México, EE.UU. y Canadá servía de modelo para este movimiento, al haber internacionalizado un combate local en clave de autogestión y autonomía. Este movimiento “de un no y muchos síes” (Klein, 2001: 532), como lo definían desde Chiapas los zapatistas, echaba mano de las nuevas herramientas comunicacionales para construir una suerte de “utopías informacionales” (Juris, 2008: 26) que, funcionando como contrapoder, son capaces de instituir a través de patrones rizomáticos y descentralizados pautas nuevas de colaboración y organización, dibujando un plano diferente de las gramáticas culturales y deconstruyendo los discursos dominantes. En esta baraja abierta de la apertura informacional, Internet y su estructura horizontalizada de *links* y redes ha ido alimentando nuevas formas de expresión y manifestación, y con ello prácticas políticas desterritorializadas. Esta liberación del discurso, “que pone en cuestión la situación de monopolio del poder de decir” (Lévy, 2004: 50), inaugura una nueva era de diálogo político desarrollado en base a la interdependencia.

“Hace diez años, durante las protestas contra la OMC en Seattle, un movimiento global surgió para proclamar que otro mundo es posible. Hoy, ese mundo no es sólo posible, ¡es necesario! En Copenhague nos juntaremos grupos de diversos orígenes y movimientos, experiencias y luchas. Somos indígenas, campesinas y campesinos, trabajadores y medioambientalistas, feministas y anticapitalistas. Ahora, nuestras diversas luchas en busca de una justicia social y ecológica, están encontrando un terreno común en la lucha por una justicia climática, así como en nuestro deseo de reclamar poder sobre nuestros propios futuros” (*Climate Justice Action*)”.

En la cita anterior, extraída de la web de CJA, la “interdependencia” y “lo común” quedan claramente manifestados. El sentido de multitud en tanto “narración capaz de producir nuevas subjetividades y nuevos lenguajes” (Hardt, Negri, 2004: 248) queda expresado en la polifonía de voces que se manifestaban, así como en la pluralidad de experiencias que en él convergían. A su vez, la interdependencia no se limita al movimiento en sí, sino que revela las interconexiones establecidas entre las diferentes ramas del sistema económico y social y la imposibilidad de tratar de comprender (y por tanto transformar) cada una de ellas por separado, así como las relaciones permanentes tejidas entre lo local y lo global. La contracumbre del clima extendía una arena común, aprovechada por CJA para criticar el calenta-

miento global y proponer alternativas no sólo al cambio climático, sino a todo un modelo de vida, de producción y de consumo que era entendido como el causante de la crisis. Pero en un cuerpo descentralizado y multiforme, con múltiples voces y mensajes, son frecuentes las distorsiones, las paradojas y las contradicciones. Aunque el movimiento global trate de hacer de éstas una potencia y redirigirlas positivamente, cabe plantearse qué mensaje llega en realidad a la audiencia, y ya no nos referimos a la política de partido, sino a la propia ciudadanía.

El acontecimiento de Copenhague suponía una reconfiguración de la manera de hablar y de hacer política. Presenciábamos, en las calles y en las fábricas, una guerra del lenguaje, donde éste era a la vez “el terreno del conflicto y lo que está en juego” (Virno, 2003: 17). Las pancartas y consignas, y más aún los cuerpos que sin hablar se expresaban y redefinían el sentido de los espacios, escribían sin manos nuevas gramáticas y conjugaban en primera persona los verbos irregulares de la acción. La propia maquinaria postfordista de la economía del conocimiento dotaba a los movimientos sociales de la información y las capacidades comunicativas, que éstos decidían reorientar y emplear como resistencias. Los sujetos reunidos en Dinamarca, dispuestos a transformarse y a reconstruirse al igual que el movimiento global en el que se incluían, o por el cual eran incluidos, caminaban durante horas y pasaban frío durante la noche porque estaban convencidos, o así parecían reflejarlo, de la necesidad y la posibilidad de un cambio. Ahora bien, no parecían dispuestos a esperar, y en su cotidianeidad alternativa habían empezado a dar los primeros pasos. El “miedo a la libertad” (Fromm, 1993) entendido como un miedo al compromiso, a los riesgos y a las responsabilidades, parecía no tener cabida entre los grupos de CJA. Sin embargo, la distinción entre “liberarse de” y “liberarse para” (Fromm, 1993: 60) seguía vigente, ya que postulaba la autonomía y el desafío al sistema capitalista como medio de vida y alternativa para un control real de la tierra y las relaciones sociales.

Tras la pancarta en la que leíamos “los políticos hablan, los líderes actúan”, subyacía una violenta separación entre la política de los partidos, altamente polarizada y manejada por los intereses de organizaciones e instituciones internacionales, y la voluntad popular de la ciudadanía. Actuar se convertía en una obligación para hacer una política real, enfocada desde lo local y vecina de las necesidades y los derechos de la gente. Una década, en términos históricos, representa una minúscula porción en el tiempo, insuficiente para calibrar los efectos y las fuerzas reales del movimiento global. Es cierto, no obstante, que tras el aparente repliegue del movimiento en los últimos años, la convocatoria de Copenhague parecía hacer de la causa común de la ecología un pretexto para volver a tomar las calles. Ahora bien, no nos confundamos. Como antes hemos mencionado, el significado y el valor real de este *collage* cultural y movimentístico se encuentra en los experimentos que se desparan por el atlas global de la resistencia. Los lugares de encuentro que son las contra cumbres y sus formas creativas e imaginativas de expresión, que aunque contra espectaculares siguen siendo teatralizadas, no representan sino la manifestación de lo que se quiere construir. La grave crisis que atraviesa el sistema, y que padece la gente de a pie, establece un episodio histórico en el que algunas de las medidas que reclamaba el movimiento hace una década llegan hoy a las orillas de los parlamentos y las pistas mediáticas. La normalización de la violencia policial y los peligros reales que estos encuentros entrañan vuelven necesaria la reflexión a propósito de este modelo de manifestación, de contra cumbre en contra cumbre y protesta porque me toca. El componente del factor sorpresa, la clave del éxito de las primeras citas del movimiento, ha dejado de estar presente. Las ciudades se convierten en fortalezas inexpugnables y los gobiernos sacan de la manga leyes preventivas para blindarse al mundo.

En mi trabajo de campo he podido constatar en los últimos meses las profundas relaciones que se disparan multidireccionalmente a través de la red y del espacio. Própolis, un centro social coruñés en un barrio de emigrantes y trabajadores opera como lugar de encuentro

y como vehículo de manifestación ciudadana. La cultura, el arte o la política son repensados a través de las prácticas que aquí toman forma, redefiniendo el sentido de una ciudadanía activa y participativa. Las jornadas de Copenhague, con sus acuerdos y desacuerdos, con sus discusiones inter e intragrupalas, revelan también esta condición plural experimental, y sitúan en relación, en mi propia experiencia etnográfica, lo local limitado y lo global expansivo, a la vez que definen políticas y culturas que se conjugan en plural, alejándose de una concepción de la Cultura y la Política en mayúscula y en singular.

En jornadas como la del *Global Day of Action* la fuerza de la población parecía real. Cien mil personas caminaban sobre los viejos canales de la ciudad y simbolizaban el carácter abierto e inclusivo que busca el movimiento. En la acción de *Reclaim Power!*, sin embargo, la acción directa y de desobediencia civil convocó, en un día laboral es cierto, a un número mucho menor de personas. Las *demonstrations* (manifestaciones) suponían también “demostraciones” de fuerza, pero no solamente de los movimientos sino también de los dispositivos sistémicos de control. En esta lucha, la autonomía se dibujaba como interrogante. Querer incidir en las decisiones de los políticos o tratar de transformar directamente la realidad. Querer incluir a la ciudadanía dispersa, desinformada o confortablemente asentada y no dispuesta a asumir los riesgos de la libertad (del modelo de libertad marcado por CJA), o permanecer autónomamente separados...

Hoy ya está convocado un nuevo encuentro de las comunidades y los movimientos sociales, en abril de 2010 en Bolivia, como rechazo a los inexistentes avances de la cumbre del clima. CJA sigue tratando de recibir donaciones que la ayuden a superar las pérdidas económicas sufridas en la contra cumbre, no sólo por el gran despliegue de medios sino por la escasa colaboración aportada por los activistas. Los debates continúan en los foros y espacios abiertos por Internet, acciones post COP 15 se preparan y *stages* de desobediencia comienzan a organizarse en diversos lugares. Y en la reflexión que viene después de la acción, este “movimiento de movimientos” debe valorar la eficacia y los resultados de una contra cumbre que, tal vez como la conferencia de los partidos, no haya producido los resultados esperados.

De vuelta a casa, con pasaporte y cansancio, trato de juntar las piezas de este puzle multidimensional, valorando las aportaciones teóricas y las experiencias sobre el terreno, e intuyendo que la reconfiguración de las nuevas políticas de la contemporaneidad lleva implícita en la labor del antropólogo una movilidad entre las intersecciones, una posición tal vez híbrida, una capacidad de observar al mismo ritmo en que operan los cambios. Tomo algunas notas y enciendo el ordenador. Desde la prisión, los activistas detenidos envían cartas a los nuevos buzones de la información:

“Actuamos durante el COP 15 y seguiremos haciéndolo. Igual que el amor, la desobediencia civil no puede ser explicada. Debemos ponerla en práctica con nuestros cuerpos. De modo contrario, no creeríamos verdaderamente en aquello que amamos, ni amaríamos aquello en lo que creemos. Es tan simple como eso. Una cuestión de amor, justicia y dignidad”. [Traducido por el autor].

Bibliografía

APPADURAI, Arjun

2001 “Grassroots Globalization and the Research Imagination”, en Appadurai, A. (Ed.). *Globalization*. Londres: Duke University Press.

BAJTÍN, Mijail

1987 *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid: Alianza.

BRANDARIZ, José A.

2009 “Sobre control y lógicas del castigo en el capitalismo postfordista”, en Brandariz,

- J.A.; Fernández de Rota, A.; González, R. (Eds.). *La Globalización en crisis. Gubernamentalidad, control y política de movimiento*. Málaga: Universidad Libre Experimental, Casa Invisible y Universidade Invisíbel.
- DELEUZE, Gilles
1995 “Postdata sobre las sociedades de control”, en Deleuze, G. *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.
- DUNCOMBE, Stephen
2007 *Dream. Re-imagining Progressive Politics in an age of Fantasy*. Nueva York: The New Press.
- FERNÁNDEZ DE ROTA, Antón
2009 “La singularidad histórica del movimiento global”, en Brandariz, J.A.; Fernández de Rota, A.; González, R. (Eds.). *La Globalización en crisis. Gubernamentalidad, control y política de movimiento*. Málaga: Universidad Libre Experimental, Casa Invisible y Universidade Invisíbel.
- FOUCAULT, Michel
1990 *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- FREMEAUX, Isabelle; RAMSDEN, Hillary
2007 “We disobey to love: rebel clowning for social justice”, en Clover, D.; Stalker, J. (Eds.). *The arts and social justice: Re-Crafting adult Education and Community Leadership*. Leicester: NIACE.
- FROMM, Erich
1993 *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- HARDT, Michael; NEGRI, Antonio
2004 *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate.
- JENKINS, Henry
2008 *Convergence Culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- JURIS, Jeffrey S.
2008 *Networking Futures. The Movements against Corporate Globalization*. Londres: Duke University Press.
- KLEIN, Naomi
2001 *No Logo. El poder de las marcas*. Barcelona: Paidós.
- KLEIN, Naomi
2002 *Vallas y ventanas. Despachos desde las trincheras del debate sobre la globalización*. Barcelona: Paidós.
- LAZZARATO, Maurizio
2006 *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- LE GOFF, Jacques
1999 “La risa en la Edad Media”, en Bremmer, J.; Roodenburg, H. (Comps.). *Una historia cultural del humor. Desde la antigüedad a nuestros días*. Madrid: Sequitur.
- LÉVY, Pierre
2004 *Ciberdemocracia. Ensayo sobre filosofía política*. Barcelona: UOC.
- SASSEN, Saskia
2003 *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- SCOTT, James
2003 *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tafalla: Txalaparta.
- TOWNSEND, Mary L.
1999 “El humor en la esfera pública en la Alemania del siglo XIX”, en Bremmer, J.; Roodenburg, H. (Comps.). *Una historia cultural del humor. Desde la antigüedad*



a nuestros días. Madrid: Sequitur.

VIRNO, Paolo

2003 *Gramática de la multitud. Para un Análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

